

LIBRO SEGUNDO.

Nacimiento de María Carolina. — Nápoles. — Circunstancias en que nació la princesa. — Los ejércitos republicanos dueños de la Italia. — La familia real obligada á refugiarse en Sicilia. — Toma de Nápoles. — La república Parthenopea. — Bella palabra del duque de Piscielli. — Fórmase un ejército realista. — Retrato del cardenal Ruffo. — El cura Rinaldi. — Fra diábolo, Sciarpa. — Nápoles es recobrado. — Desgracia de Ruffo. — Reaccion. — Paz firmada con el primer cónsul. — Segundo matrimonio del padre de María Carolina. — Nuevo rompimiento con la Francia. — Nueva emigracion á Sicilia. — María Carolina llega á los siete años. — Tiranía de los ingleses. — Destierro de la reina. — Acontecimientos de 1812, 1813, y 1814. — Caída de Napoleón. — Indecision del congreso de Viena entre los Borbones de Nápoles y Murat. — Palabra del príncipe de Ligne. — Muerte de la reina Carolina en Schoembrum. — Los cien dias. — Restauracion de la casa de Borbon en Nápoles.

María Carolina Fernanda Luisa, nació en Nápoles en 5 de noviembre de 1798, en uno de los mas hermosos dias de aquel clima tan celebrado. Hacia el medio dia hubo una tempestad corta pero espantosa. Despues volvió á aparecer la serenidad del cielo, y el sol brilló con un resplandor mas puro y mas admirable que antes de la tempestad. Los antiguos, que de todo formaban augurios, habrian visto en esto el presagio de aquel destino.

Era necesario que la jóven princesa, que fué despues Duquesa de Berry, tuviese sangre francesa en las venas para preferir como ella lo hacia, la mansion de Francia á la de Italia. Sabidas son las seducciones de aquella tierra de perfumes, de armonías y de flores, que se llama Nápoles. Ver á Nápoles y morir despues es un antiguo adágio, aquella eterna ver-

dura, aquella naturaleza que lleva, digámoslo asi, hasta el abuso la fecundidad, aquel mar tan hermoso, aquella tierra calentada por un sol interior, revolviendo en su seno un eterno foco de llamas que se escapan alguna vez del Vesubio en formidables resplandores, todo obra sobre los felices habitantes de aquel clima, todo les fija al suelo que los ha visto nacer. Ellos aman hasta el volcán, aquel terrible vecino colocado al lado de la hermosa Nápoles, como una antorcha colosal junto á la maravilla de la Italia, y cuando permanece mucho tiempo pacífico, ellos hablan de él como de un amigo próximo á dejarlos. Pero cualesquiera que sean las seducciones de la Italia, la sangre Borbon es tan francesa, que hace correr con ella el amor del suelo natal en las venas que anima: asi es como María Carolina nada tendria que echar menos un dia bajo el cielo de la Francia, de aquella patria de sus abuelos á donde la llamaba su destino.

Cuatro dias despues de su nacimiento, es decir, el 9 de noviembre de 1798, el rey de Cerdeña obligado á dejar el Piamonte y todos sus estados de tierra firme, al general Joubert, puesto á la cabeza del ejército de Italia por el Directorio, se retiró á la isla cuyo nombre llevaba, y que le quedaba por único patrimonio.

Este acontecimiento iba á determinar un armamento que debia, á lo menos momentáneamente, fijar la suerte de los gobiernos italianos. Los estados romanos habian sido invadidos como el Piamonte: el Papa, prisionero, espiraba en Francia. Los gabinetes de Viena y Lóndres instaban al rey de Nápoles á entrar en la coalicion que se formaba contra la República. Fernando cedió á sus instancias; el general Mack tomó el mando de las tropas napolitanas, y el

20 de noviembre ocupaba á Roma á la cabeza de ochenta mil hombres.

Pero la fortuna cambió rápidamente: el general Macdonald volvió á tomar la ofensiva. Mack, atacado á su vez en la fuerte posición de *Civita Castellana* fué batido tan completamente, que este combate decidió el destino de aquella campaña.

El rey de Nápoles, que habia avanzado hácia Roma, donde se le preparaba una entrada triunfal, se vió precisado á huir, volver á entrar en sus estados, y aun abandonar los de tierra firme.

El 9 de diciembre las tropas napolitanas fueron también vencidas en Calvi. El 15 la última batalla dada por el general republicano Championnet, que hizo once mil prisioneros, completó la derrota de los coligados. Roma fué abandonada. Una fermentación revolucionaria agitó á Nápoles: los Jacobinos producian amenazas, la crisis interior se agravaba de momento en momento. El rey, su familia, sus ministros y su córte, se embarcaron parte en los navios napolitanos y parte en los de Inglaterra, llevando consigo todo lo que se pudo empaquetar de cuadros, esculturas, muebles preciosos, objetos de artes antiguos y modernos, y en la noche del 24 de diciembre se hicieron á la vela hácia la Sicilia.

Durante la travesía, perdió Fernando el mas pequeño de sus hijos. Habia también sobre aquella flota una criatura que principiaba bien temprano su carrera de destierros y de penosas aventuras. Esta era María Carolina.

El rey durante su ausencia habia encargado del mando supremo al príncipe Pignatelli: este, poco capaz de dominar los acontecimientos, se dejó arrastrar por ellos, entregó la ciudad de Cápua al ejército francés, y se obligó á pagar una contribucion

de diez millones de francos. Entretanto una revolucion fermentaba sordamente en la ciudad, la que no tenia su foco en las clases populares. Los instigadores eran hombres importantes, nobles, abogados, escritores y sábios.

El 26 de enero de 1799, los lazaroni sediciosos se apoderaron de Nápoles: Pignatelli hizo incendiar por buques portugueses los restos de la marina napolitana y se retiró á Sicilia, donde se le puso en prisión por la conducta que habia observado. La anarquía reinaba en tanto en Nápoles: despues de tres dias de horribles convulsiones, los lazaroni dieron la autoridad al príncipe de Moliterno, el cual se aprovechó de ella para consumir la pérdida de su soberano, tratando de la entrega de la capital del reino con el general Championnet.

Durante su ausencia, la poblacion, realista en el fondo de su corazon, juró defenderse contra la agresion estrangera. Los franceses principiaron el ataque el 21 de enero, y el 23 la ciudad, ya en la agonía, no pudo rescatarse del saqueo, sino pagando una suma de cinco millones de ducados.

En estas horas de peligro viéronse rasgos de gran caracter y de noble valor. Es necesario citar en primera línea al Duque de Piscielli, descendiente de una antiquísima é ilustre familia del reino de Nápoles, una de aquellas envejecidas y vigorosas baronías angevinas, que al través de los siglos se perpetuan en el amor de la augusta casa de Francia, y en aquella fidelidad militar tan difícil de doblarse como la hoja de una espada.

Este señor, en el momento en que tenia á la vista tantos ejemplos de defeccion, permaneció fiel é incontrastable en su deber. Comandante de un regimiento de guarnicion en Gaeta, defendió las primeras li-

neas con tanto vigor como habilidad; sus talentos estratégicos multiplicaron los medios de resistencia, y no se retiró al centro de la plaza sino al verse atacado por fuerzas infinitamente superiores. Cuando ya le fué imposible sostenerse mas tiempo, el general Championnet le ofreció su mismo grado en el ejército francés.

«Yo no sirvo mas que á mi rey, contestó, y cuando no puedo servirle rompo mi espada, y es-
» pero otra ocasion en que hacerlo.»

El título de general de brigada que se le ofreció en seguida no le hizo separarse de esta noble resolución. Dueño de retirarse á donde le acomodase, se dirigió á Sicilia; despues volvió al continente en donde su valor secundó poderosamente las empresas del Cardenal Fabricio Ruffo.

Las Calabrias permanecieron tambien fieles: allí no se abatió jamás el estandarte real ante la bandera de aquella parodia de gobierno á que se dió el nombre de república Parthenopea. El eclesiástico don Remigio Rimaldy, cura de la villa de la Scala, montando á caballo, llamó al socorro de Dios y del rey, por de pronto á sus feligreses, y despues á los de las Iglesias inmediatas. Ya un número importante se reunia á su voz, cuando apareció el famoso Fabricio Ruffo, primo del cardenal de este nombre arzobispo de Nápoles, nacido en 16 de noviembre de 1744, y como su pariente, condecorado con la púrpura romana desde 1791, bajo el título de cardenal de Santa Maria *incasmedino*.

Este hombre extraordinario, descendiente de una gran casa, era ya conocido por sus raros talentos administrativos. El habia desempeñado honrosamente las importantes funciones que le confió Pio VI; aquellas campañas le debieron la util ley que orde-

naba una recompensa á todo el que plantase un olivo. El cardenal Ruffo era cortado para el poder: de un valor á toda prueba, de un caracter resuelto y emprendedor; con la cabeza que concibe y la mano que ejecuta; soldado y político; general por gusto, y sacerdote cuando convenia; era el cardenal de Retz en los campos de batalla. El corrió á Palermo, luego que el rey desembarcó allí, y le pidió el permiso para reconquistar su reino.

Y cómo hará V. Eminencia,» le respondió Fernando.

«Señor, yo emplearé alternativamente las llaves de san Pedro, y la espada de San Pablo.»

En efecto, desembarcado el cuarto en Calabria, llevando en una mano un crucifijo de oro, y en la otra una espada desnuda, de que sin embargo no hizo uso, precedido del estandarte blanco, y adornado de una cruz roja, llamó á los *contadini*, los ciudadanos, los nobles, y hasta los bandidos, y todos respondieron á su llamada. El célebre Fra Diavolo, el cura Rimaldi, Paganera, Sciarpa, *condottieri* modernos, el duque de Piscielli; todos corrieron al rededor de la bandera.

Habiendo recibido de Palermo socorros y autorizacion, recorrió la Pouilla y los Abrúzos, llevando por todas partes el espanto; frecuentemente victorioso y constantemente formidable, no solamente obtuvo sucesos contra los Napolitanos rebeldes, sino contra los franceses, invencibles hasta entonces, particularmente en Casano. El marchó temeraria y rápidamente sobre la capital. El general Spinelli, que quiso detenerle fué batido y pereció con las armas en la mano en Campistrioto, donde hubo una derrota total de los rebeldes.

El cardenal Fabricio Ruffo viendo que todo iba al grado de sus deseos, envió á Sciarpa á insultar á

Nápoles: hizo aun mas; el general Andria á su vista, se encerró en la fortaleza de Pescara. Scipani fué vencido por Sciarpi; el 11 y el 13 de junio el cardenal atacó la capital, y fué rechazado: este era el segundo ataque infructuoso, á pesar del concurso de los realistas del interior; esta tentativa fué seguida de horribles asesinatos.

Ruffo volviendo tercera vez á la carga, fue mas feliz. El 21 del mismo mes cayó Nápoles en poder del cardenal realista ayudado de Fra Diavolo, de Sciarpi y de Rinaldi. Tantos sucesos debian aumentar el número de sus enemigos, y en el momento en que él restituia al rey su capital; el rey le retiraba su confianza y su autoridad. Reconociose en esta circunstancia la accion de los cortesanos, que haciendo siempre distinguir la ambicion donde está el poder, hacen la adhesion sospechosa, y denuncian los servicios, dejando entrever que la mano que ha levantado un trono, puede tambien derribarle.

Entonces fué cuando principiaron aquellas tristes reacciones, deplorables consecuencias de los tiempos de discordias civiles en que los partidos alternativamente vencidos y vencedores, se suceden en el poder y en los cadalsos (1).

(1) Estas guerras de Italia fueron abominables, como todas aquellas en que los rencores públicos vienen á añadir sus furores á las luchas de armas. No hubo piedad de una ni de otra parte. El principe Caraffa, uno de los fundadores de la república Parthenopea asistió al saqueo é incendio de Andria, de que era duque. En fin, en la misma época, un general francés publicaba la siguiente orden del dia:

— Toda ciudad ó pais rebelde á la república, será incendiado y destruido. »

« Los cardenales, arzobispos, obispos, curas, abades, en una palabra, todos los ministros del culto serán considerados como culpables de las rebeliones que estallen en sus distritos, ó lugares de residencia y condenados á muerte.

En medio del estrépito de tantas catástrofes diversas, al ruido de los tronos que caian y que se levantaban, habia una cuna que el flujo y reflujo de los acontecimientos llevaba y traia de Nápoles á Palermo, y de Palermo á Nápoles. A los dos años, Maria Carolina habia atravesado el mar dos veces, huyendo con su familia y volviendo con ella. En el mismo año « 1800 » que vió la restauracion napolitana, el rey de España Carlos IV, hermano mayor de Fernando, concluyó con el primer cónsul francés Bonaparte un tratado en que fué comprendido el gabinete de Nápoles. En reconocimiento, una doble union estrechó mas los lazos que unian estas ramas tan enlazadas de la misma familia. El principe de Nápoles poniendo término á su viudez, debió casar con Maria Isabel, infanta de España, y la princesa de Nápoles fué concedida á don Fernando, principe de Asturias, que reinó despues bajo el nombre de Fernando VII.

Este doble matrimonio efectuado contra la voluntad del caballero Acton, este tratado firmado con el primer cónsul, debian volver la paz á Nápoles; pero no fué asi. Cada dia, durante seis años consecutivos, una empresa nueva de parte del hombre extraordinario que reinaba sobre la Francia en tanto como primer cónsul temporal, despues vitalicio; luego he-

« Todo rebelde será castigado de muerte, sus cómplices eclesiásticos ó seculares serán tratados como rebeldes. »

« Se prohíbe tocar á arrebato; en cualquier parte donde se infringiese esta orden, los eclesiásticos serán castigados con pena de la vida. »

« Cualquiera que propale noticias contrarias á los intereses de la Francia ó de la república parthenopea, será considerado como rebelde y sufrirá la pena de muerte. »

« La pérdida de la vida llevará consigo la de los bienes. »

reditario y en fin, como Emperador, asustaba á la corte de Nápoles sobre sus ulteriores proyectos. Fernando tuvo que ceder sucesivamente á Napoleón el *Stato degli presidii*, sus derechos sobre la Isla de Elba, el principado de Piombino, que mas adelante dió á una de sus hermanas, los principados de *Benevento* y de *Pontecorvo*, que confiscó bajo el pretesto extravagante de que eran un punto de litigio entre el Papa y la corte de Nápoles; en fin, él quiso poner guarnición en las plazas marítimas para impedir, decía, el contrabando en provecho de los ingleses. ¿Qué más? también pidió á Gaeta, que Fernando le reusó con firmeza.

Pronto á combatir con el Austria y la Rusia en 1805, él obligó al gabinete de Nápoles á concluir un tratado, por el que, se empeñaba á no abrir su territorio sino á las tropas francesas. Era la fuerza quien dictaba la ley, y la debilidad quien la sufría. La muerte del Duque de Enghien acabó de irritar á la Corte Italiana contra esta dura opresión. La mancha que habia dejado la sangre de los Borbones sobre aquella mano de hierro, la hizo parecer mas pesada. El rey disimuló en tanto que pudo; pero á la inmediación de la jornada de Austerlitz, no pudo resistir á la invitación que le hicieron los coligados, los que desembarcaron en sus estados un primer cuerpo de doce mil hombres.

Es probable que Napoleon esperase este armamento, puesto que todo lo habia hecho para provocarle. Las dinastías jóvenes no gustan de la vecindad de las antiguas; los Borbones molestaban en Europa á Napoleon: eran por de pronto un recuerdo, y podían llegar á ser una esperanza. Para que sus deseos se cumpliesen, era necesario que desapareciesen, y desaparecieron. El 27 de diciembre habia dicho en

Schoembrun: «El rey de Nápoles ha cesado de reinar.» El 15 de enero los Rusos y los Ingleses dejaban á Nápoles. El 25 del mismo mes Fernando partia para Palermo. El 30 de marzo Napoleon nombraba á su hermano José, rey de las dos Sicilias. El reino se sometió sin darse una batalla decisiva: sin embargo, el príncipe de Hesse Philipsthal se ilustró por la brillante defensa de Gaeta, y en Calabria se organizó una obstinada resistencia.

Así la familia Real, con menos esperanza de regreso en esta ocasión, montó de nuevo sobre sus navios, volvió á refugiarse en Sicilia, y estableció el centro de su gobierno en Palermo hecha ciudad real, merced á esta nueva catástrofe. Maria Carolina tenia entonces siete años.

La Sicilia recibió á sus soberanos con entusiasmo. El amor de los pueblos se reanima á la vista de grandes desastres: ademas, la Sicilia, que hasta entonces habia sido el anejo de un reino, se hacia por este hecho el reino mismo, y aquella envidia de pueblo á pueblo, que es una de las llagas de la Italia moderna, le hacia ver con alguna alegría la residencia real, este antiguo privilegio de Nápoles, la capital de tierra firme, pasar á Palermo la capital insular.

Los primeros tiempos del establecimiento de la corte de Nápoles en Sicilia, fueron serenos y felices; mas aquella felicidad no fue de larga duración. Los Ingleses que se habian presentado como protectores, hablaron bien pronto como dueños. La uña del Leopardo británico, que la diplomacia habia encubierto con un guante, principió á hacerse sentir. La autoridad de la Reina inquietaba al gabinete de San James; desaprobaba la política de Acton, y temia en fin una influencia rusa ó austriaca. El caballero Ac-

ton se hizo inglés luego que conoció que había ventaja en serlo: él no tenía ni sistema ni principios; no tenía mas que interés. Entonces fue cuando se le oyó decir: «ya es tiempo de que la reina permita al rey que lo sea.»

Demasiado acostumbrada al poder para renunciar á él sin combatir; la reina se acordó de que era hija de Maria Teresa, y se dirigió á los ciudadanos y al pueblo para obtener ayuda y socorro contra la tiranía inglesa apoyada en la nobleza del país. Estas dos clases respondieron á su llamada: bien pronto el clero la prestó tambien su poderosa intervencion: los ingleses fueron por todas partes representados como hereges, y se pudo creer un momento que se preparaban unas nuevas vísperas sicilianas.

Instruidos de todo los ingleses, disimularon y ganaron tiempo para aumentar la guarnicion que tenían en Palermo. Desde entonces fue necesario renunciar á un golpe de mano que no podia coronar el suceso.

En estas circunstancias fué cuando el gabinete de San James determinó al Rey Fernando, para quien la corona se habia hecho una pesada carga, á aliviarse del peso del gobierno, sustituyéndole en el príncipe real su hijo, y padre de Maria Carolina, dando le el título de Lugarteniente general del Reino.

Obteniendo esta concesion, el gobierno británico habia creído que su influencia iba á quedar en adelante sin obstáculo. Pero el príncipe real llamó á su madre al consejo, la sometió los trabajos de él, y la revistió de mas crédito y mas poder que el que le habia dado jamas el rey su padre. El medio empleado se habia vuelto contra los autores: hablábase ya de retirar á los ingleses de Sicilia. Ellos entonces se quitaron la máscara, y resolvieron efectuar á fuerza

abierto lo que no habian podido conseguir por medio de la astucia. Una flota imponente vino á anclar á la vista de la costa: desembarcaron varios regimientos: estas tropas mandadas por Lord Bentinck tomaron posesion de los puestos mas importantes. Estas medidas eran motivadas; se decia, por la amenaza de un movimiento popular; pero luego que estuvieron ejecutadas y que los ingleses, por ellas, se hicieron dueños de la ciudad, Bentinck reclamó altamente la partida de la reina, y declaró que su gobierno no podia consentir en que continuase residiendo en Sicilia.

Esto era una orden de destierro y un acto de gobierno. Napoleon habia dicho: «Los Borbones han cesado de reinar en Nápoles.» La Inglaterra decia: «los Borbones han cesado de reinar en Palermo.» Nación pérdida, tan peligrosa con el nombre de aliada, como de enemiga; porque sus promesas son amenazas, su amistad un lazo, su proteccion un yugo.

Grande fué el dolor de la familia real, vivísima la indignacion de la Sicilia, y horrorosa la desesperacion de la reina. Su triste despedida hizo una profunda impresion en la joven Maria Carolina, que principiaba á sentir y á comprender, para participar del dolor de su abuela, arrojada del seno de su familia por los ingleses, para concebir toda la crueldad de la herida que recibia su orgullo de princesa.

Los que se habian llamado sus amigos y aliados, la desterraban de su último refugio; no era bastante haber tenido que dejar á Nápoles: ahora se la desterraba de un destierro. Era necesario en una edad ya avanzada, dejar su familia para navegar al través de mil peligros, hasta Constantinopla, y de allí por Hungria volver á entrar en Viena, no como reina poderosa, sino como fugitiva y desterrada.

Pero los acontecimientos marchaban á pasos agigantados: los años de 1812, 1813 y 1814 se sucedían con tal rapidez, que parecían días, y tan llenos de sucesos que parecían siglos. Napoleon en el apogeo de su poder, había emprendido la campaña de Rusia, cuyo desenlace fué un desastre. Una coalición Europea formada contra él por la Inglaterra, se apresuraba á aprovechar la victoria de un clima de hierro sobre el mas brillante ejército que jamás ha desplegado sus estandartes á la luz del Sol. Es sabido que el gefe de la casa de Borbon se interpuso entonces entre la Francia aniquilada y la Europa entera sobre las armas. En el momento en que la espada se escapaba de nuestras manos fatigadas, el antiguo cetro de Luis XIV respetado de la misma Europa volvió á parecer en la mano de su nieto para servirnos de apoyo. Lo pasado vino en ayuda de lo presente y aseguró lo porvenir; y los Borbones se presentaron para adoptar nuestra gloria y reparar nuestras desgracias.

Entonces fué cuando se vió de una manera palpable todo el lugar que ocupaba en el mundo el prodigioso genio que acababa de caer. No se veían por todas partes, sino príncipes desterrados que volvían á tomar el camino de sus estados, frentes despojadas sobre las cuales acababa de sentarse la corona. Aquellas débiles usurpaciones que el poderoso capitán animaba con su soplo, desaparecieron con él. Hubiera podido decirse que él descendía á la vez de todos los tronos.

En medio de esta reparación general, los Borbones de Nápoles fueron olvidados. El congreso de Viena discutía todas las cuestiones, y ninguna resolvía: los bailes entorpecían los negocios, por lo que dijo el príncipe de Ligne: «El congreso baila, pero no mar-

cha.» La influencia inglesa protegió tan abiertamente á Murat, que las lentitudes calculadas que se opusieron á las reclamaciones de la Francia, mantuvieron el *statu quo* hasta los cien días. Los ingleses y el Austria repetían que Murat debía mandar en los estados napolitanos, y los Borbones desposeídos contentarse con la Sicilia; división cuyo objeto era hacer reinar la influencia anglo alemana en Nápoles como en Palermo: en Nápoles por el reconocimiento de un cetro otorgado, y por la necesidad de complacer á las dos potencias que podían solas conservarle en las manos en que le habían puesto: en Palermo por la esperanza de una restauración lejana, que la política inglesa había dejado entrever, y por el temor de una desposesion completa, que la anterior conducta de la gran Bretaña bastaba para hacer contar entre las eventualidades de la situación.

En esta circunstancia, la Europa no comprendió el grande interes moral, el interes monárquico que debía anteponerse á todos los intereses materiales. No se vió en Viena que, dejar de pie un trono usurpador era una provocación manifiesta á la usurpación. Sin embargo M. de Talleirand había hecho oír en el congreso esta alta máxima política. «La lucha está abierta entre dos principios en tanto que exista una dinastía revolucionaria, la revolucion no puede considerarse terminada. Es, pues, necesario que triunfe sin restriccion el partido de la legitimidad; sin esto no habrá paz, sino una tregua.»

La indecision de las potencias relativamente á la casa de Nápoles, fué el golpe mortal de la reina Carlolina. Ella se abandonó desde entonces á una negra melancolía que debía conducirla á la tumba. El 8 de setiembre de 1814 espiró en el palacio de Schoenbrunn, lugar destinado á ser testigo de elevadas ago-

nias, y que despues de haber visto á Napoleon en toda su gloria; vió extinguirse el palido y último rayo de su estrella eclipsada.

Un año mas tarde, la reina Carolina hubiera asistido á la restauracion de su familia. Murat, como todo el mundo sabe, descontento de la indecision de las potencias preparó el 20 de marzo, de concierto con Napoleon, y fué arrastrado en su segunda é irreparable caida.



cuando la necesidad arrastró todos los riesgos, reportar todos los peligros de la vida de un campo de batalla, y en una guerra que se seguía en el peligro el

LIBRO TERCERO.

Infancia y educacion de Maria Carolina.-La condesa de la Tour de Envoivre, su aya.-Maria Carolina habituada á los peligros desde su niñez.-Origen de su amor á las artes.-Dos impresiones de su juventud.-Su indignacion despues del destierro de su abuela.-Efecto que produjo en ella la llegada del duque de Orleans á Sicilia.-Matrimonio de este príncipe con la princesa Amalia tia de Maria Carolina.-Los dos viages del duque de Orleans á España en 1808 y 1810.- Situacion de la familia real en Sicilia.-Conducta del duque de Orleans.-Su partida en 1804 despues de la restauracion.-El rey de Nápoles le encarga sostener sus intereses.-Llega á Palermo la noticia de los cien dias.-Caída de Murat y restauracion de los Borbones en Nápoles.-El príncipe real restituye el poder á las manos de su padre.

En medio de tantos y tan grandes acontecimientos como los que ocupan el proscenio de esta historia, apenas hemos visto parecer aun á Maria Carolina. Su cuna ha permanecido oculta detrás de esas altas catástrofes que derriban los tronos y trastornan los imperios. Sin embargo, no habia dejado de tomar su parte en todas las desgracias de su familia. Atravesando como ella los mares, en aparatos diversos y con fortunas diferentes, su infancia habia asistido á una restauracion y á dos destierros.

Nacida en una época de turbulencias y de revoluciones, sus primeras impresiones fueron tristes y serias. Sus oidos se acostumbraron desde luego al ruido de la guerra, al siniestro retintin de las campanas tocadas á vuelo, al estampido del cañon, á los clamores populares, y al mugido de las ondas enfurecidas. Asi su niñez hacia un aprendizaje que debia servir un dia á su juventud. Cuando mas adelante tuvo que atravesar el océano y el mediterráneo,